

“Su rostro brilló como el sol” (Mt 17,2)

Roma, 7 de agosto 2020

¡Apocalipsis en Beirut... Apocalipsis en el Tabor!

Hace solo tres días que toda la prensa mundial definió la gran explosión de Beirut, como un apocalipsis. Y ayer la Iglesia conmemoró el acontecimiento de la Trasfiguración del Señor Jesús, celebró el apocalipsis del Tabor.

¡Queridas hermanas!

Ciertamente todas saben lo que ocurrió en Líbano el 4 de agosto pasado. La doble explosión, en el puerto de Beirut, que destruyó barrios enteros de la espléndida capital, dejó: muertos, heridos, desaparecidos. Edificios destruidos, calles destrozadas. Polvo y confusión... Y tantos interrogantes. *¡Una ciudad de rodillas!*

No me detengo a describir los efectos de esta devastación. Basta encender un Tv, escuchar una radio, leer un diario o consultar un sitio, para hacerse una idea de lo que sucedió. Ciertamente: *¡un apocalipsis!*

Sé que, tantas de ustedes, se hicieron presentes a la Hna. Pascale directamente o a una hermana libanesa que quizás conocen, para expresarles la solidaridad, la cercanía, la oración. Hace bien al corazón, sentir que, también en los momentos de prueba, la comunidad mundial está cerca.

Afortunadamente nuestras hermanas están bien. La mayoría de ellas, el 4 de agosto, estaban reunidas para los Ejercicios espirituales, en la casa de nuestras hermanas ancianas, en Kfour: un pueblo hacia la montaña, a casi 30 km de Beirut. Nuestras casas, con las casas de los demás en el corazón de la ciudad, sufrieron – *unas más, otras menos* – daños bastante serios. Techos desplomados, voladura de puertas, vidrios rotos...

Mientras nuestro corazón expresa gratitud al Señor por haber protegido y salvaguardado a nuestras hermanas, al mismo tiempo nuestra inmensa solidaridad va a todo el pueblo libanés y, en particular, a aquellos núcleos familiares, que perdieron parientes, bienes, casas. Se cuenta que al menos medio millón de familias fueron tocadas de alguna manera, por la violenta explosión: o porque perdieron una o más personas queridas, o porque no tienen mas casa. A la

crisis económica que ya pesaba sobre la sociedad, además de las consecuencias de la pandemia, ahora se agrega esta catástrofe.

El pueblo libanés siempre fue un pueblo orgulloso, corajudo, emprendedor. Portador de cultura antigua. Custodio de tradiciones lejanas, de historia de fascinación... La Madre naturaleza pintó ríos y montañas, peñascos y campiñas, mares y nieves, como si fuesen los ingredientes de un espléndido cuadro, que solo el Artista divino pudo inventar.

¡Pero cuántos sufrimientos a lo largo de la historia! Cuántas pruebas, a lo largo de los siglos, y sobre todo en estos últimos decenios. ¡Un pueblo abatido muchas veces y siempre listo a ponerse de pie!

Recordemos cuando Juan Pablo II, dirigiéndose a todos los Obispos del mundo - el 7 de septiembre del 1989¹ - decía que el Líbano *“es más que un País: es un mensaje”*. Un mensaje de libertad y de pluralismo; de acogida y de convivencia.

¡Qué verdadera e esta definición! Vale siempre. Vale sobre todo hoy, en el que el País de los cedros, la Tierra de Byblos y de Caná, la Nación de Tiro y de Sidón, continua siendo inmolada, sobre el altar de los intereses de los poderosos, como el Cordero, que fue sacrificado en el altar del Gólgota por el pecado del mundo. Ese Cordero se levantó. El autor del Apocalipsis lo indica al frente y de pie. ¡Viviente! (cfr Ap. 5,6).

Querido Líbano, ¿tendrás la misma suerte del Cordero? Tantas veces fuiste inmolado. Y tantas veces te levantaste, más orgulloso y más bello que antes.

Los relámpagos de la devastación, los olores de la explosión, los rugidos de las destrucciones que, en estos últimos decenios, se repitieron en el territorio, hasta el apocalipsis de los días pasados, nos dicen que tú tienes “la única culpa” – se me perdone la expresión - de ocupar una franja estratégica del espacio mundial, que es tentadora para tantos, para los más sedientos de la tierra.

Pero, recuérdalo, tu permaneces para el mundo ese “Mensaje” que viene de lejos y que tiene raíz en el corazón mismo de la Palabra de Dios ... Allí donde por 67 veces resuena tu nombre: ¡Líbano! ... *Allí donde* fue solo gracias a la madera de tus cedros que el templo de Salomón, abatido bajo los golpes del enemigo, pudo resurgir mas esplendoroso que antes (cfr. 1Re 6-7) ... *Allí donde* el esposo del Cantico alcanza la plenitud del amor y del pudor solo en el encuentro con la esposa que de tus confines aparece bella y resplandeciente , lista para el tálamo (Cant 4,7-8 ss) ... *Allí donde* es el rocío de tu majestuoso Hermón la imagen que el salmista encuentra más apropiada para narrar la dulzura del vivir juntos, la belleza de la fraternidad (cfr Sal 132,3).

¹Juan Pablo II, *Carta apostólica a todos los Obispos de la Iglesia católica, sobre la situación del Líbano, 7 de septiembre de 1989*

¡Queridas hermanas libanesas! ¡Y aún más, queridas nosotras todas, que nos reconocemos en esta dulce y noble familia religiosa de Juana Antida! ... Lo sabemos bien también nosotras: los sufrimientos, hoy, no disminuyen sino que aumentan. Y los pueblos que sufren no disminuyen, sino que crecen en número. El sufrimiento atraviesa toda la familia humana, involucrando también nuestra entera “casa común”, ese Planeta, que nos fue dado no para ser destruido sino para ser custodiado.

La humanidad está llamada a pasar del apocalipsis de la destrucción al apocalipsis de la revelación. Del resplandor del fuego que mata al resplandor del Tabor que salva.

Todas juntas, en comunión con el Papa Francisco y con todos los hombres y las mujeres de buena voluntad de nuestro Planeta, también nosotras queremos implorar al Altísimo la gracia, que llegue pronto el día en el que el apocalipsis de las violencias y de los abusos, de las destrucciones y de las contaminaciones, dejen lugar ¡al apocalipsis del Tabor! También allí, hubo un fulgor de luz, una explosión de claridad, una blancura en las vestes que ninguna lavandera hubiera nunca podido obtener. Allí fue revelada la verdadera descontaminación de nuestra identidad.

Que el mundo pueda pronto permanecer deslumbrado más por esa luz, que por el fulgor de las armas. Que sobre el cuerpo de la humanidad pueda resplandecer más el candor de las vestes de Cristo que no las monstruosidades de los odios y de las violencias.

¿Es un sueño? ¡Cierto! ¿Una utopía? ¡Seguro! Nos lo recordamos a nosotras mismas otras veces². No se vive sin un sueño y no se avanza, si una utopía no te empuja. La fe es este sueño y esta utopía. De otro modo hubiera sido en vano el sacrificio de Cristo. Vana su trasfiguración, delante sus tres amigos, llamados a descontaminar sus ojos de la niebla de la duda y del miedo que los oscurecía, para abrirse al esplendor de la presencia del Señor, que deslumbraba.

Los tres discípulos hubieran querido construir allí, en ese monte, su carpa, pero Jesús los envía al valle, porque es solamente desde allí que se puede contemplar el Tabor, no de allá arriba.

Nuestra consagración, vivida en comunidad para servir a los pobres, tiene esta inmensa y noble tarea: ¡Nunca perder de vista el Tabor! Y no como inmóviles ilusionistas, bloqueadas sobre nosotras mismas, agazapadas dentro del pequeño espacio de nuestros egoísmos, soñadoras sin sueños, sino como “gente que camina”, pueblo alegre que avanza mientras sueña. Como los dos de Emaús. Como los amigos de Betania. Como los tres del Tabor. Bien conscientes que el camino es en subida y la subida es fatiga, esfuerzo. El Tabor está allá, solo caminando lo ves, lo contemplas, lo deseas. Caminando unida, para no arriesgarte de salirte del camino. Jóvenes y ancianas juntas. Sanas y enfermas juntas. Y aquí está el sueño y la utopía de Juana Antida para

² En el Cuaderno espiritual “*Había una vez un pueblo...*”, Pág. 12-15

nosotras. Y ella por este sueño, elevó su súplica: “*No te pido solo por estas, sino por las que vendrán*”³. Recordémoslo siempre, pero sobre todo en los momentos de las grandes pruebas. Y este es uno de esos momentos.

Queridas hermanas, ¡no nos dejemos, entonces, robar nuestro Tabor! Dejémonos capturar por el apocalipsis por el resplandor de Cristo, dando nuestra pequeña contribución de sacrificio escondido, de ofrecimiento silencioso, de empeño apostólico concreto allí donde estamos, para que todos los apocalipsis de muerte y de destrucción, pequeños y grandes, que atraviesan el mundo, puedan despacito cesar, para dejar espacio al único y gran Apocalipsis: ¡el del Tabor!

Nosotros somos pequeña cosa... ¡Una nada! Pero el Libro del Apocalipsis escrito por Juan, probablemente mientras estaba en el exilio en la perdida isla de Patmos, está dirigido a todas las pequeñísimas comunidades cristianas, dispersas en el inmenso Imperio. Pobres, escondidas y perseguidas. Pequeñas semillas de Evangelio. Chispas de Tabor en medio de los pueblos.

--- --- ---

Antes de concluir, *queridas hermanas*, quisiera recordar que justamente el 6 de agosto, en el día del Tabor, el mundo hizo memoria de los 75 años del apocalipsis de Hiroshima y Nagasaki. La humanidad no puede y no debe olvidarse. ¡Todos los apocalipsis de la historia son un reproche! Ayer Hiroshima y tantos otros. Hoy Beirut.

Un grito de dolor y de esperanza se levanta silencioso del corazón de toda la humanidad, haciéndose súplica por todos los apocalipsis de ayer, de hoy y... tal vez de mañana. Este es el sentido de la oración de la Hna. Noha, que gustosa anexo a esta carta y confío a la sensibilidad de ustedes.

--- --- ---

Mientras concluyo esta carta, *hermanas mías*, quiero con ustedes dirigir la mirada del corazón hacia el Laos, donde nuestras hermanas, en la casa provincial de Thakhek, están celebrando el funeral de la Hna. **Régina Khan Thong**, que perdió la vida en un trágico accidente de tránsito.

La Hna. Regina, en su joven edad, se une a nuestras hermanas en el Cielo para reforzar la oración de todas nuestras Santas por la Congregación, por la Iglesia, por los pobres, por el mundo entero. Confiémosla al corazón de María, que, acogiéndola entre sus brazos de madre, la entregue, luminosa y cándida, a la Misericordia del Padre.

Las saludo de corazón a todas, junto con las consejeras y a las hermanas de la casa general

Se Nuzia
Hdc

³ J.A., *Oración de 1821*, en “CD”, Pág. 346

**Oración de las Hermanas del Líbano
a raíz del apocalipsis de Beirut**



*Desde lo más profundo de mi angustia,
Te clamo, Señor.*

Desde esta tierra del Líbano que te pertenece
y que tu caminaste,
escucha el grito suplicante de tus hijos.

Tú que has conocido la muerte humana
con todos sus tormentos y sacrificios .

Tu sangre, oh Cristo en la cruz, y la sangre de nuestra tierra,
son una misma sangre.

Mientras nosotros somos, al mismo tiempo,
« *La Cruz y los que crucificaron.* »

Padre entre los padres

*Tú has conocido, la peor de las pruebas:
el sufrimiento extremo de ver a tu propio Hijo
-El Unigénito-*

entregado a los verdugos, sin poder hacer nada por Él.

*Tú has conocido el dolor que no tienen medida:
el de la impotencia, delante del Hijo moribundo:
« Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?? »*

*"¡Piedad, Señor, ten piedad de nosotros!" Ten piedad, Señor, en nombre del **"Justo"***

El único que puede implorarte por nosotros.

Sin embargo, fue a una mujer de Sidón, a la Cananea,
que tu Hijo dirigió una palabra creativa:
« *¡Grande es tu fe, oh mujer, tu hija está sana!* »

Y hoy, también los cedros que tú plantaste y dejaste crecer,
en esta tierra del Líbano,

También ellos, oh Señor, te piden su supervivencia...

Por medio de la única « voz » que le has dotado: ¡ su « perfume »!

Y nosotros, tus hijos, a pesar de todas nuestras desgracias,
te suplicamos que nos concedas la gracia de aprovechar la gracia más grande:
la de dejarnos asociar a tu Misterio de Redención,
a tu misterio de Salvación.

¡Amén!

Sr Noha Najjar